

La novela española/castellana de los años setenta hasta la actualidad

Hay una novela que marca toda una trayectoria en el arte narrativo. Me estoy refiriendo a *La verdad sobre el caso Savolta* (1975), de Eduardo Mendoza, que obtuvo el premio de la crítica y revolucionó las artes y las letras. Se convirtió en el escritor más leído, y lo que hizo fue contar una historia llena de intriga en la que **el humorismo y la parodia se aúnan**. A partir de aquí se vuelve a contar historias. Como nota destacada, la gran cantidad de tendencias, una vez abandonado el experimentalismo; pero, al mismo tiempo, subyace una cierta amplitud en cuanto al hecho de narrar con una idea más cosmopolita; sin duda influyeron las libertades que nos habíamos dado la sociedad española partir de 1976. La proliferación de escritores novelistas es tan manifiesta que no es posible abarcar todo lo que se publica, y su clasificación resulta difícil. Mantener la idea de que se volvió al realismo sin más, resulta un poco simple. Hay otros vericuetos por los que discurre la novela a partir de esa fecha. Desgraciadamente uno es la mercantilización de la novela con apoyo del crítico que es más un publicista de los intereses de la industria. El poder de creación tanto del novelista como del crítico mengua, apenas se da importancia. Hoy, ya en el siglo XXI, parece como si se hubiera roto el espejo que fue en expresión stendhaliana. Se dice que ya se ha perdido la fragancia de explicar la realidad. Un novelista como Luis Goytisolo hace tiempo dijo que ya ha dejado de ser “un medio de expresión” por la arrogancia de los medios audiovisuales. Eduardo Mendoza apostilló que las novelas “son entretenimientos en forma de novela”, creo que se refiere a si la comparamos con lo áureo de la novela del siglo XIX.

Llamó la atención lo que se contaba, pero, también, los problemas en su narración. La dualidad crítica y creación se dieron cita; es decir, la literatura dentro de la literatura, lo que la crítica ha denominado la **metanovela**. Un ejemplo clarificador es *Fragmentos de apocalipsis* (1977) de Torrente Ballester; es la forma de cómo se llega a escribir una novela en la que se juntan la narración fantástica, la crítica y el narrador. En este mismo campo estarían *Gramática parda* (1982) de García Hortelano; *El cuarto de atrás* de Martín Gaite; *Antagonía* de Luis Goytisolo (1973-1981); *El desorden de tu nombre* (1988); *La soledad era esto*, con el calificativo de intimista, de J.J. Millás; *Larva* (1983) de Julián Ríos; José María Merino en *Novela de Andrés Choz* (1976), Vaz de Soto con *Fabián*.

Por otra parte, hallamos novelas que han recibido el apelativo de **poemáticas** en un sentido amplio, en las que el lenguaje es más sugerente que referencial; por ejemplo *La isla de los jacintos cortados* (1980) de T. Ballester; *Mazurca para dos muertos* (1983) de C. José Cela; *Los santos inocentes* (1982) de Miguel Delibes; *Saúl ante Samuel*, 1980 (la culminación de todo un proceso; la veta intelectual llevada a la máxima perfección verbal), *En la penumbra*, 1989 (una pieza maestra en el arte de narrar) de Juan Benet; *Makbara* (1980), *Las virtudes del pájaro solitario* (1983), *La cuarentena*, 1991 (uno de los gritos más sentidos; como si se lamentara de estar vivo) de Juan Goytisolo; *La lluvia amarilla* (1988) de Julio Llamazares; *Nubosidad variable* (1992) de Martín Gaite, quizá su obra maestra; sin olvidarme de *La reina de las nieves* (1994) y *Lo raro es vivir* (1996).

También hallamos novelas **autobiográficas** en la que puede caber ficción e intimismo; pensemos en *Coto vedado* de Juan Goytisolo; *Recuerdos y olvidos* de F. Ayala; *Dafne y ensueños* (1983) de T. Ballester; *El jinete polaco*, 1991; *Ardor Guerrero*, 1995; *Plenilunio*, 1997 (en las tres hallamos la reivindicación de la memoria personal, como factor creativo); *Sefarad*, 2001, mitad autobiográfica-evocación de lo personal- y la otra, lo que ha oído, leído-la reflexión histórica, lo metaliterario de Muñoz Molina. Cómo

vivió la llegada a la luna Muñoz Molina en su pueblo, sin agua corriente, con la esperanza de que todo cambie en *El viento de la luna* (2006). Un muchacho de trece años se debate entre los libros, la luna y las películas del Ideal Cinema. Incluiría aquí, también, el autorretrato que realiza Luis Goytisolo en *Estatua con palomas* (1993). Novela excelsa, por otra parte. Miguel Delibes en la sobrecedora semblanza de su mujer en *Señor de rojo sobre fondo gris* (1991). La evocación autobiográfica en *El mundo* (2008) de Juan José Millás.

Otro estanco novelístico es **el histórico** en el que se exalta el pasado proyectándolo sobre el presente; como ejemplos: *La novia judía* (1975) de Leopoldo Azancot; *El capitán Alatriste* de Pérez Reverte; *Mansura* de Félix de Azúa; *El hereje* (1998) de Miguel Delibes; *La vieja sirena* de José Luis Sampedro, o las novelas del antiguo oriente como son las de Jesús Ferrero, *Belver Yin* (1981), la historia de una fidelidad instalada en el pensamiento y en la conciencia (“el secreto es necesario cuando revelarlo daña al otro; cuando revelarlo en lugar de acercarnos nos aleja”); queramos o no, es un referente de la novela española que despuntaba en esa década, que se apartó del camino de la narrativa española; *Opium* (1986), la transmigración por el valle de la muerte, tal vez sea un complemento de *Belver Yin*; *Los reinos combatientes* (1991), que sitúa en la China entre los siglos II y I antes de Cristo; *Alis el salvaje* (1991), en la que narra las últimas pestes que asolaron a Europa entre los siglos XVI-XVII. O la novela *El secreto de los dioses* (1993) en la que pasado, presente y futuro se amalgaman; por eso uno de sus personajes dice: “yo quería su misma sustancia, yo quería la revelación”. Sin olvidarnos de esa recreación del pasado que hallamos en *En busca del unicornio* (1987) de J. Eslava Galán; *Octubre, octubre*, *La vieja sirena* de J.L. Sampedro; *Extramuros* (1978) de Fernández Santos; o la difícil clasificación de *La ciudad de los prodigios* (1986) de Eduardo Mendoza al mezclarse varios géneros narrativos, ambientada entre dos exposiciones celebradas en Barcelona, la de 1888 y la de 1929; *Herrumbrosas lanzas* (1983) de Juan Benet; *Beatus ille* de A. Muñoz Molina; *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez; *377A, madera de héroe* (1987) de Miguel Delibes; *Mazurca para dos muertos* (1983), una nueva visión de la guerra del 1936, *Madera de boj* (1999), de C. José Cela; *Soldados de Salamina* de J. Cercas; *Las trece rosas* de Jesús Ferrero; *Luna de lobos* de Julio Llamazares; Vázquez Montalbán con *El pianista* (1985), un paseo por la memoria de la guerra de 1936; Eduardo Mendoza con *Riña de gatos. Madrid, 1936*; Manuel Rivas, *El lápiz del carpintero*; Antonio Gala con *El manuscrito carmesí* (1990) que versa sobre el último sultán, Boadill; una reflexión sobre la gloria y la miseria del poder. En menos medida *Historias del Kronem* de J. Á. Mañas o *Te trataré como una reina* de Rosa Montero.

Desde otro mirador tendríamos a la España dictatorial que pretende dar testimonio de unos hechos concretos, lo hallamos en *Un día volveré* (1982), *Teniente Bravo* (1983), *Si te dicen que caí* (1973), *Ronda del Guinardó* (1984), *El embrujo de Shanghai* (1993), *Rabos de lagartija* (2000), *Caligrafía de los sueños* (2011) de Juan Marsé, en el que podemos cifrar su pensamiento en la frase: “la vida no es como la esperábamos”. Con todo, en *Caligrafía de sueños*, de nuevo, reverdece su pasado; es la felicidad a su entorno, es hurgar en una lóbrega realidad que supura; es la huella personal que exige permanencia; es la felicidad a un barrio tan característico en su forma de narrar, la fidelidad va con él. Ahora bien, a J. Marsé hay que valorarlo en su totalidad; cada novela desempeña una función significativa, pero el recuerdo de *Últimas tardes con Teresa*, *Si te dicen que caí* o *Un día volveré* siempre quedarán en sus lectores/as. *Las ninjas* (1975), *Memorias de un niño de derechas* (1976), evocación de los niños de posguerra, de F. Umbral; *El río de la luna* (1981) de J. M. Guelbenzu, *Luciérnagas*

(1993) de Ana María Matute; *La leyes de la frontera* (2012) de Javier Cercas, en la que se acerca a una delincuencia juvenil que tal vez observara, en la realidad, en el cine o televisión, de los años setenta o ochenta, o a caballo entre la Dictadura y la Democracia; pero, no esperemos en la novela lo que consiguió con *Soldados de Salamina*. Aquella forma y estilo no lo hallamos en sus novelas posteriores, o, al menos, quien escribe estas líneas, tal vez apresuradas

En un **realismo heterogéneo**, disperso, estarían las novelas *El caldero de oro* (1981), *Las visiones de Lucrecia* (1997), *El heredero* (2003) de J. M. Merino; *La fuente de la edad* (1986), *La ruina del cielo* (1999), *La cabeza en llamas* (2012, el arte, sin más, de contar la vida de forma humorística, pero, con una maestría lingüística en la que nos recuerda a Quevedo) de Luis Mateo Díez; *La mirada* (1983) de J. M. Guelbenzu. Lo sentimental, como interludio romántico, sin olvidarse de ese humor tan característico en el arte de narrar de Eduardo Mendoza en *La isla inaudita* (1989). La novelista Almudena Grandes que irrumpió con fuerza con *La edades de Lulú* (1989), *Te llamaré viernes* (1991), y prosiguió con *Malena. Es un nombre de tango* (1994), y el exitazo de *Atlas de Geografía humana* (1998). Lucía Extebarria con *Beatriz y los cuerpos celestes* (1998).

Un **discurso reflexivo** englobaría a la tetralogía de Luis Goytisolo *Recuento* (1973), *Los verdes de mayo hasta el mar* (1976), *La cólera de Aquiles* (1979), *Teoría del conocimiento* (1981). En este discurso meditativo entrarían también *Estela del fuego que se aleja* (1984), *Paradoja del ave migratoria* (1987), *El lago en las pupilas* (2012). Todas van más allá del argumento temático. En la última hace hincapié en la idea de que la historia de la humanidad no puede ser un cuento de terror, y menos una banalidad, como se deja entrever en el mundo en que vivimos, por eso amasa varias historias para hallar un sentido total. En esta reflexión sobre el pasado estaría Javier Marías; aunque es difícil su clasificación, citemos *Corazón tan blanco* (1992), que ha batido todos los récords de lectura; *Mañana en la batalla piensa en mí* (1994), y, sobre todo, los tres tomos de *Tu rostro mañana* (2007); es la coronación de unas de las plumas más extraordinarias y, exigentes de la narrativa del siglo XXI. La novela de Eduardo Mendoza *El año del diluvio* (1992) plantea el eterno existencialismo y la angustia que nos rodea, así cómo el frágil territorio íntimo de los sentimientos en el que nos desenvolvemos; es la búsqueda de la verdad humana. O el Juan Goytisolo testimonial en la dualidad socialismo / capitalismo insertos en el naufragio de la civilización en *La saga de los Marx* (1994).

No podemos silenciar tampoco las **novelas de intriga** de Vázquez Montalbán: *Los mares del Sur* (1979), *Asesinato en el Comité Central* (1981), *Los pájaros de Bangkok* (1983), *Las alegres muchachas de Atzavara* (1987), *Galíndez. El Torrente Ballester* paródico y humorista en *La muerte del decano* (1992) y en *Crónica del rey pasmado* (1989). O el Muñoz Molina conspirativo, policíaco y de espionaje en *El invierno en Lisboa* (1987) y *Beltenebros* (1989). Eduardo Mendoza con el misterio, el humor, la parodia y la intriga en *El misterio de la cripta embrujada* (1979), *El laberinto de las aceitunas* (1982), *Una Comedia ligera* (1996), *La aventura del tocador de señoritas* (2001), *El asombroso viaje de Pomponio Flato* (2008), *El enredo de la bolsa y la vida* (2012). El novelista Javier Marías lo ha descrito como “el autor con más gracia de los últimos 30 años”. J.M. Guelbenzu con su última *Muerte en primera clase* (2012). Aunque es difícil su clasificación el novelista Ruiz Zafón consiguió con *La sombra del viento* (2001) darse a conocer en todo el mundo, que se puede definir como un fenómeno editorial por la gran cantidad de lectores.

En lo que se entiende, hoy, por **literatura social** sobresaldría Rafael Chirbes con *Los disparos del cazador* (1994), *La larga marcha* (1996), *La caída de Madrid* (2000), *Crematorio* (2007) . En un **neorrealismo fantástico, veteado, a veces de intimismo**, estaría Luis Landero con *Juegos de la edad tardía* (1989). O la narración mítica *El testimonio de Yarfoz* de Sánchez Ferlosio; *Olvidado rey Gudú* (1997) de Ana María Matute; *Mi amor en vano* (2012) de Soledad Puértolas, que manifestó: “esa sensación de que hay algo que nunca sabremos de los otros me fascina, creo que ahí están todas las claves. La imperfección nos asusta”.

Como coda: la novela, ya en el siglo XXI, se podía cifrar en una gran variedad de tendencias que abarcarián a un nuevo realismo, intimismo, existencialismo personal y testigo, histórica, poemática, de la evocación, fantástica, policíaca, mezcla de técnicas tradicionales y vanguardistas, tendencia a la brevedad en algunas, estructura lineal-con argumento fácil de comprender-, de aventuras, autobiográfica, connivencia editores-prensa, comercialización de premios; así podíamos proseguir hasta ningún fin ante tantas bifurcaciones. Recojo las opiniones de dos críticos. Bértolo: “**La narrativa va sumergida en las catacumbas de los inéditos; el prototipo es: una novela ágil, seductiva, lenguaje bonito, carpintería de escaparate.** Germán Gullón: “**La novela se debate entre el ser un producto mercantil o un lugar de encuentro entre autores y lectores. El equilibrio parece romperse a favor del primero; pero, quizá, sea solo un estado transitorio**”. Eso esperamos; pero, en un mundo donde el materialismo es lo esencial, lo que prima, poco podemos esperar de que vuelva la reflexión, la capacidad intelectiva del ser humano como algo primordial de las personas.



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España](#).